

La trajeron a La Habana y la pasearon de estación en estación: a la décima, a la quinta (donde felizmente no encontró a Ventura), a la octava, la novena, a la décima otra vez. En todos esos lugares la vejaron, la golpearon, la torturaron sin piedad y sin descanso. Pero como si en su cuerpo pequeño se hubiese trasmutado toda la fortaleza de aquel que fuera su gran amor, Angela siguió resistiendo.

Y cayó en el SIM en manos de Irenaldo García Báez y de su socio el teniente Linares. Este la apretó por el cuello con una toalla y cuando ya estaba a punto de perder el conocimiento por la asfixia, la golpeaba brutalmente en el diafragma para obligar a los pulmones a llenarse de aire.

Era una manera de lograr que uno siguiera viviendo. ¡Pero qué golpe! Así me pusieron toda amaratada, golpeada, llena de verdugones, de múltiples hematomas.

Tanto le dieron que el propio García Báez declaraba a Carratalá:

—Esta mujer es inocente. Si supiera algo ya lo habría dicho. Nadie resiste lo que yo le he hecho sin hablar.

Pero ella resistió y cuando estuvo libre volvió a las lomas. De allí, al enterarse de una cobarde delación, huyó al extremo opuesto de la isla; al frente oriental.

En la Maestra

Ya en territorio libre de Cuba, Angela o Lila que usara en la clandestinidad diez nombres más, no tuvo necesidad de eso, no tuvo que hacer de soldado ni que ayudar a fabricar bombas. Sus conocimientos fueron empleados en la retaguardia y se la situó junto a Faustino Pérez en la organización civil de los territorios liberados.

Hay que ver cómo Angela habla de ese trabajo, cómo se le iluminan ahora los ojos cuando explica la bondad, la honestidad, la laboriosidad de los campesinos y su reacción a la política social y agraria de la Revolución. Ella, con Efre González y con José Díaz, organizó las asociaciones campesinas y les enseñaron a enfrentar sus problemas con espíritu de clase.

Así se hicieron caminos, se levantaron escuelas, hospitales, auditorias, y se entró a la industrialización de la zona liberada.

Y en ese trabajo, tan de acuerdo con su profesión y con sus afanes, la sorprendió la victoria total.

Mirada al futuro

Ahora Angela habla de lo que quisiera hacer, de lo que es, en esta gran hora de Cuba, su anhelo mayor. Aspira y el presidente Urrutia así se lo ha prometido, a que sea una realidad la creación del Ministerio de Asistencia Social para que nuestros grandes males sean tratados con tecnicismo.

Ella quiere trabajar, hacerse digna —dice— de nuestros mártires que no han caído en vano; de Frank País, de Orlando, de Enrique Hart, de...

Y vuelve a pensar, al mencionarlo, en aquel, que ella tanto amó, en aquel, a quien no puede olvidar, en el hombre que supo morir ante sus captores para evitar que otros compañeros cayesen en manos de los sicarios del régimen y salvar así, al precio de su vida la de otros combatientes del gran ejército de la liberación y la de la mujer que, a más de compañera de lucha era su novia.

Angela estima que ellos, los mártires, son los que están presentes ahora en Palacio, en Columbia, en los ministerios. Y estima que porque "se gobernará de acuerdo con ellos es que en un libre juego democrático el pueblo escogerá a los hombres de la Revolución para que continúen gobernándolo".

Angela termina con estas palabras:

—Ya que no me tocó morir junto a Orlando, ya que he sobrevivido a todo lo demás, quiero hacerme merecedora al amor que por mí sintió, quiero que los postulados por los que él murió sean los que rijan siempre en nuestra patria. A eso vamos todos.

Y Angela Alonso González, mujer extraordinaria, nos deja en la diestra el cálido contacto de su mano; la mano que tanto luchó por Cuba, la mano, que sin un temblor supo ir a buscar para el hombre que amaba, las blancas pastillas que para él significaban la muerte; para ella, el mayor dolor de su vida.

"REZANDO ME PASABA..."

(Continuación)

estacionaron a 100 metros de la casa indicada.

Nieves ordenó a sus hombres que quedaran en atención en dos esquinas y marchó acompañado del matrimonio emisario y del repórter y el fotógrafo de BOHEMIA.

Al detenerse ante la casa indicada Nieves empuñó su pistola de reglamento. Unos discretos toques en la puerta; franquearon el acceso.

La casa —sumamente modesta— tenía un taller de reparación de radios en la sala. En el interior se encontraban dos mujeres y dos niños y un hombre armado con un revólver.

El capitán Nieves procedió a desarmar al desconocido y se le hizo pasar a la habitación donde esperaba Hermelindo.

Vestido con una camiseta del Auténtico, Hermelindo tenía una pistola calibre 45 al alcance de su mano. En su pecho colgaban numerosas medallas religiosas y una gruesa cadena de oro sostenía un medallón al relieve de Santa Bárbara.

En una esquina de la habitación había una inesa con numerosos atributos de santería. En una pared, una repisa sostenía una policromía en madera de la Patrona de los artilleros.

Hermelindo hizo inmediatamente protestas de su inocencia:

—No soy culpable de nada. Me he pasado todo este tiempo rezando para que se acabe la sangría. Les tengo miedo a los muertos. ¡Que no se derrame más sangre, que no se derrame más sangre!

El capitán Luciano Nieves le sugirió que se vistiera con ropas más adecuadas para ser conducido al Estado Mayor.

Mientras tanto, los vecinos acostumbrados a los registros y detenciones del régimen anterior, se reunían al rededor de la casa en actitud expectante. Nieves ordenó a sus hombres en la esquina que ocuparan rápidamente posiciones en torno a la casa para evitar un estallido de ira popular o un linchamiento. Había que proteger a toda costa al hermano del bruto sanguinario.

Hermelindo se vestía con gran lentitud sin cesar de repetir que todo su tiempo lo dedicaba a rezar por la paz.

Mientras tanto, un frenazo violento desembarcaba en la casa

Encantos de París



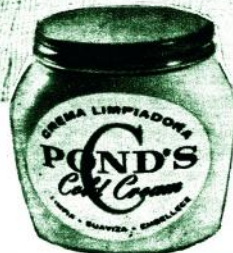
¡Cautivadora! ¡La suave tez de Françoise Brillouet! Vea esta bella modelo parisiense, en las notas filmadas de Pond's, "Encantos de París".

Conserve su tez suave, besable... con Pond's

Nada limpia más a fondo. La Crema "C" (Pond's Cold Cream) extrae toda huella de impurezas y maquillaje. ¡Deja el rostro *inmaculadamente limpio!*

Nada da al cutis tal suavidad. ¡Qué suavidad satinada, qué elasticidad juvenil dan a su cutis los ricos aceites embellecedores de la Crema "C"!

Nada es más refrescante. ¡Qué fresca se siente en el cutis la Crema "C" de Pond's! Suaviza el cutis tirante, borra las arruguitas como por encanto... deja radiante y deslumbradora su tez.



POND'S Cold Cream

a una patrulla de milicianos que venían a inquirir sobre lo ocurrido.

—Aquí no ha pasado nada —dijo el capitán Nieves—. Pero no estoy autorizado para revelarles la naturaleza de esta misión.

Los milicianos ofrecieron su colaboración patrullando las esquinas.

Finalmente, Hermelindo hizo su aparición en la puerta de la casa. Había trocado la camiseta del Partido Auténtico por una camisa a cuadros y exhibía en su hombro la insignia bicolor del "26 de Julio".

Llevaba en una mano un misal romano y en la otra una pipa de bambú de las usadas para fumar opio. Era una estampa triste de una familia de débiles mentales que tan tristes frutos había dado de su seno: Panchín, un cínico vicioso; Fulgencio, el más cruel y sanguinario de los tiranos que haya podido darse en la historia de la humanidad y Hermelindo, un pobre postergado retrasado con todas las lacras de una educación deficiente, una mente supersticiosa y las huellas físicas de una vida de excesos sin límites.

Ya en la puerta, Hermelindo pi-

dió permiso para llevar con él un pequeño maletín de cuero con hipodérmicas, agujas y tubos con distintos productos que adujo eran necesarios suministrarle regularmente debido a su incurable enfermedad.

Ya en la calle el público satisfo su curiosidad.

—Es Hermelindo Batista. ¡Hermelindo, Hermelindo!

El capitán Nieves hizo entrar rápidamente a su prisionero en el auto y ordenó a la tropa que se reintegrara a los "jeeps".

En breves minutos la caravana entró por la posta 3 de Columbia.

Ante el edificio del Estado Mayor se encontraba reunida una muchedumbre que clamaba por el castigo contra los criminales que habían asesinado a algún pariente o amigo. Nieves, temiendo algún estallido de violencia condujo prudentemente al auto en que se encontraba Hermelindo a una calle retirada a un costado del aeropuerto militar.

Desde allí envió aviso al comandante Cienfuegos que la misión asignada estaba cumplida. Camilo respondió enviando una fuerte custodia para que le remitieran al prisionero.

Con una sonrisa en los labios el bravo Camilo recibió a Hermelindo.

Con una barba de varios días, la mirada extraviada y sumamente nervioso, el hermano del dictador volvía el rostro a todas partes buscando una mano amiga.

—Estese tranquilo —le dijo el capitán Nieves— estamos entre personas decentes ahora y nada le ha de pasar.

Hermelindo se apresuró a declararle al comandante Cienfuegos:

—Soy hijo de mambi (extremo no esclarecido aún), me siento cu-

bano y no veo razón por la que tenga que salir de Cuba.

Camilo se atusó las largas barbas, luego se las metió en la boca en uno de sus gestos característicos y con la economía de expresiones que siempre ha vestido su personalidad ordenó:

—Dejen en libertad a este hombre que es totalmente inocuo.

Así quedaba terminada la "Operación Hermelindo".

Nieves le escoltó hasta las puertas de Columbia y Hermelindo se retiró a la finca que posee en las afueras de la capital. Más tarde Camilo dio orden a los mandos militares de la provincia de La Habana para que no se molestara más a Hermelindo.

Como alguien comentara en el Estado Mayor:

—Ya bastante desgracia tiene este vicioso con tener en sus venas la misma sangre de la Hiena.

Y con sus santos, sus medallas, sus pipas de opio, su insignia del "26 de Julio" y su camiseta Auténtica, Hermelindo Batista se sumergió de nuevo —tras un breve paso por la actualidad— en el desconocimiento público.

POR QUE SE RINDIO...

(Continuación)

ocurría mientras la Dictadura, con aviones de la Fuerza Aérea del Ejército nos lanzaba cartuchos conteniendo pan con guayaba, pero desde tan considerable altura que caían en las líneas rebeldes.

Una sonrisa explosiva brotó en los labios del Comandante:

—Recordando que, como los "manjares" que nos echaban desde el aire iban a parar al territorio rebelde —como he dicho— los insurrectos, desde sus posiciones, nos preguntaban en son de broma: "¿Qué tal el queso con guayaba?"

¿Está muy sabroso?" La expresión irónica nos permitía convertir el hambre que sufríamos en un sonreír patético.

Siguí apuntalando de anécdotas el relato:

—El acercamiento entre rebeldes y soldados fue realmente dramático. Allí se encontraron hermanos que combatían en uno y otro bando. Presencí cómo se abrazaban. Vi como de sus ojos salían espesas lágrimas y admiré la forma en que aquellos cubanos —familiares o no— se revestían del júbilo más sano al imaginar que sus contiendas estaban ya resueltas en favor de la República.

Quevedo permaneció sin hablar unos instantes, para derramar después estas expresiones:

—Reuní a la tropa, le hablé de nuestra responsabilidad e hice hincapié en el deber que teníamos de velar por los intereses permanentes de la patria. Dije a los soldados que era necesario unirnos a las Fuerzas Rebeldes. Advertí que cada uno de ellos podía optar por secundarme o no.

Encendiendo la pipa que hasta aquel momento había sostenido en la mano, el joven militar determinó:

—Todos los soldados convinieron con entusiasmo en la idea de pasarnos al Ejército de Fidel Castro. Ninguno opuso objeción alguna. Recuerdo que avancé unos pasos y, al volver el rostro hacia atrás, todos, absolutamente todos, me seguían. Todos deseaban llegar al territorio de la libertad.

La entrevista

—El veinte de julio, a las nueve de la noche, se realizó la entrevista concertada entre el doctor Fidel Castro y yo. Yo subía a lo más empinado de la cordillera. Encontré al líder rebelde en el camino, pues él venía en busca mía. Nos abrazamos. Fidel recordó los tiempos universitarios, nuestros ideales, nuestros sueños. Me acompañaba el doctor Charles Wolf Silva. Enseguida discutimos las condiciones de la rendición. Le pedí que el batallón fuera liberado, así como los demás prisioneros, aunque yo —le advertí— quedaba en poder suyo.

Fijando cada fecha, determinando cada detalle, el comandante Quevedo continuó:

—Fidel me concedió cuanto le había solicitado y algo más. La atención de los heridos, por ejemplo, fue una de sus principales preocupaciones. Cuanto a mí, recomendó que debía permanecer a su lado, pues el régimen —dijo— podía hacerme daño. Indudablemente, estábamos plenamente comprometidos.

Ríndense ciento cuarenta

y seis hombres

—El veintiuno de julio —contó el comandante Quevedo— se produjo la rendición de ciento cuarenta y seis hombres, los que habían quedado. Los oficiales conservaron sus armas en la cintura. Desde el veintiuno de julio al veintiseis de octubre, permanecimos prisioneros, pero con todas las consideraciones. Comíamos abundante, mente. El jabón y el agua no nos faltaban. Podíamos contar con tabacos y cigarrillos. La caballerosidad de Fidel y los suyos resultaba ejemplar. Las cenas eran riollas, desde luego: congri, lechón asado, queso, pan, café.

Dedicando un gesto a cada expresión, seguimos escuchando la palabra del comandante Quevedo. **Junto a la Comandancia**

—Fidel me mantenía al tanto de la situación militar e insurreccional. Mi prisión estaba ubicada en

una casita, muy cerca de la Comandancia suprema. Allí recibía atenciones innumerables. Estábamos realmente satisfechos. Fidel propició medios de comunicación para la correspondencia fuera de la Sierra. Cada vez robustecíamos más nuestra vieja amistad. Uno de aquellos días, por cierto, llegó a mis manos, en el local que me servía de prisión, una carta de Fidel, fechada en junio 9 de 1958. Desgraciadamente, aquel mensaje de buena voluntad no me fue entregado a tiempo. La carta recorrió muchos lugares y, cuando la recibí, me encontraba en el mismo sitio desde donde el jefe rebelde me la había enviado. De haber tenido otra suerte aquella epístola, seguramente las cosas se hubieran producido de otro modo.

Una breve pausa siguió a aquella referencia, al cabo de la cual el comandante Quevedo destacó:

—El veintisiete de octubre, Fidey y yo tuvimos una conferencia. Enviamos cartas de tipo conspirativo a oficiales del Ejército. Les pedíamos instrucciones. Ellos respondían diciendo que estaban preparando una conspiración. Más tarde nos reunimos con Fidel el capitán Durán, el teniente Oquendo y otros oficiales que guardaban prisión en Jibacoa. Les argumentamos que ellos podían evitar más derramamiento de sangre entre cubanos. Explicábamos que los partes eran tendenciosos del lado de las líneas gubernamentales. Hacíamos labor de acercamiento con oficiales responsables. Logramos que se pasaran a nuestra causa dos pelotones al mando de los tenientes Villamil y Ubineo León. En Maffo y otros lugares sostuvimos conversaciones con varios oficiales. Nuestras patrióticas gestiones tuvieron éxito: obtuvimos la rendición de Palma Soriano y el apoyo de la Marina de Guerra.

El general Cantillo

—Le escribimos al general Cantillo por conducto del padre Guzmán. No recibimos respuesta. A los pocos días, se reunieron él y Fidel en el Central Oriente. Participamos de la entrevista el comandante Francisco Sierra y yo. En Palma Soriano se habían habilitado amplificadores y la tesis rebelde se había expuesto ampliamente. Luego, puestos de perfecto acuerdo, los oficiales subieron a la Sierra Maestra y depusieron las armas.

Junto a Cantillo

El comandante Quevedo epilogó su conversación con estas frases:

—Después... ¿Quién no sabe lo que ocurrió después? El triunfo aplastante de las fuerzas fidelistas y el pueblo consagró un ideal que era el de todos los hombres honrados de Cuba. Confundido con la ciudadanía jubilosa, lleno de esperanza, integré la Caravana Popular de Fidel desde Santiago de Cuba hasta La Habana. Al ser nombrado el comandante Camilo Cienfuegos jefe de las Fuerzas de Mar y Tierra, me enviaron a Columbia para ayudarle. Mi única ambición es ésa: servir a la patria y servir a los que la han salvado de la peor ignominia.

Anécdota histórica

¿Quién no recuerda al primer teniente —locutor que en 1948, al ser reemplazado el general Genovevo Pérez Damera en la Jefatura del Ejército por el general Ruperto Cabrera, mencionó el nombre de aquél, por error, situándolo en esa jerarquía, lo que le valió aparecer en la primera plana de todos los periódicos habaneros?

Pues se trata, sencillamente, del hoy comandante José Quevedo.



No estudie el Inglés por métodos anticuados

APRENDA INGLÉS EN SU CASA, EN POCOS MESES, POR NUESTRO FAMOSO Sistema Racional

Pida este

INTERESANTE LIBRO ILUSTRADO CON DATOS IMPORTANTES DEL INGLÉS

NORTH AMERICAN SCHOOL- Hollywood

ENVÍE ESTE CUPÓN HOY

Sr. Frank Eaton, Presidente, North American School
Box No. 9606, Hollywood 27, Calif., U.S.A.

Sin compromiso de mi parte, sírvase enviarme informes sobre su famoso Sistema de enseñanza del INGLÉS

Nombre..... Sexo.....

Domicilio completo.....

Población..... Edo. o Prov.....

(Escriba claro, con lápiz o máquina)